

ROMA Y EL VÉNETO. — LA ENCÍCLICA «QUANTA CURA»
Y EL «SYLLABUS»

Dejamos dicho en uno de los anteriores capítulos que la cuestión romana había quedado relegada al segundo término de la política europea, y en efecto transcurrió un año sin que se renovara; pero el ministro italiano Minghetti, fiel á la política de sus antecesores en el poder, se encargó de reproducirla, contando probablemente con la especie de aislamiento en que iba quedando Francia entre los Estados europeos.

Con el objeto de dar á aquel asunto una nueva fase que activara su solución para una época próxima, encargó al general Menabrea y al marqués de Pépoli que fueran á ver á Napoleón III, y así lo efectuaron trasladándose en julio de 1864 á Vichy, donde éste residía accidentalmente, proponiéndole en nombre del gobierno italiano que retirase sus tropas de Roma, y en cambio Italia se comprometía á no atacar á esta ciudad ni permitir que otros la atacaran, así como á trasladar su capital desde Turín á Florencia.

Con esta última disposición, el gobierno italiano quería dar una especie de garantía material de que, al menos por el pronto, renunciaba á la ocupación de Roma, si bien era moralmente imposible renunciar definitivamente á la pretensión tantas veces y tan terminantemente expuesta en el Parlamento por cuantos hombres de Estado habían ocupado el poder de hacer de Roma la capital de Italia. El gobierno de este país esperaba también una notable mejora en su situación interior con la traslación de la capitalidad á Florencia, pues aunque esta determinación disgustara á los turineses y al Piamonte en general, en cambio contentaría á los pueblos del centro y de la Italia meridional que levantaban continuas quejas contra el predominio del Piamonte, aparte de que siendo Florencia un punto más céntrico, esta circunstancia facilitaba el gobierno del Estado en todo el país.

Napoleón aceptó en principio esta proposición, y en su consecuencia entabláronse negociaciones entre Francia é Italia, que se llevaron á cabo con tanto sigilo que la curia romana no tuvo noticia de ellas hasta que Drouyn de Lhuys se las comunicó en despacho del 12 de septiembre cuando el asunto estuvo completamente asegurado, pues se firmó el convenio tres días después. En este convenio no se hacía mención de la traslación á Florencia del gobierno italiano,

porque las disposiciones relativas á este punto fueron objeto de un acta separada que impuso la condición, para la ejecución del convenio, de que el rey elegiría en el término de seis meses por capital otra ciudad que no fuese Turín. Para la salida de las tropas francesas de Roma, que debían evacuar esta ciudad, no de golpe, sino gradualmente, fijóse el plazo de dos años, prometiendo además el gobierno italiano que por su parte no se opondría á la formación de un ejército pontificio y entrar en negociaciones con la curia romana para encargarse de una parte proporcional de las deudas del Estado de la Iglesia.

Al hacerse público este convenio, no produjo el efecto de calmar los ánimos como se esperaba, y sobre todo el furor de los habitantes de Turín excedió á toda ponderación; el Ayuntamiento protestó indignado contra el traslado de la capital, y los vecinos hicieron manifestaciones y formaron grupos amenazadores que hubo de disolver la fuerza armada. Además el rey estaba personalmente en contra de aquel traslado, aunque como monarca constitucional no tuviera más remedio que aprobarlo, todo lo cual motivó que el ministerio presentara la dimisión el 24 de septiembre, quedando el general Lamármora encargado de la formación de otro nuevo; en este ministerio entraron dos piamonteses, Sella y Lanza, que se encargaron de las carteras más importantes como satisfacción dada al Piamonte; pero de todos modos no pudieron retroceder, y como compensación á la ciudad de Turín por las pérdidas que indudablemente le ocasionaría la traslación de la capitalidad, presentaron una ley al Parlamento, que fué aprobada, en virtud de la cual se concedía á la ciudad desposeída una renta de un millón de liras.

Pasó mucho tiempo antes de que en todo el Piamonte se conformase la población con la traslación inevitable, pero poco á poco se realizó. Nadie guardó rencor al rey, porque todo el mundo sabía que para él mismo había sido un gran sacrificio. Cuando salió súbitamente de la ciudad para Florencia durante las turbulencias de enero de 1865, á las cuales dieron lugar los debates de la Cámara con motivo de los tumultos de septiembre, una diputación muy solemne le suplicó que regresara una vez más á Turín; y al cumplir este deseo, fué recibido con las manifestaciones más brillantes. En los partidos en que se dividió el Parlamento continuó durante mucho tiempo la exasperación de los piamonteses con gran perjuicio del gobierno; la mayor parte de los diputados se separaron del antiguo consorcio de la mayoría fundada por Cavour y formaron un club particular, llamado de los permanentes, cuya política incierta, que obedecía á motivos personales, hizo en adelante todavía más difícil de lo que era la vida del Parlamento. En el resto del país apenas se tuvo compasión alguna con la caída de Turín, de cuya desgracia se regocijaron más bien los demás italianos. La Cámara de diputados y el Senado aprobaron por gran mayoría la traslación de la capital.

Respecto del resto del convenio, la opinión pública lo aprobó con la reserva de que no había de impedir á la Italia acudir al llamamiento de los romanos

tan pronto como éstos se levantaran. Esto era completamente contrario al objeto de la Francia; en el convenio no estaba previsto este caso; pero como Napoleón no había de pensar en dejar al Papa á la merced de una revolución, era de prever que al estallar turbulencias dentro de Roma se derrumbaría todo el convenio y que la intervención de la Francia en Italia excitaría mayor exasperación que si hubiese continuado la ocupación. Napoleón se hizo cargo de esta contingencia, pero esperaba que en los dos años que había de durar la retirada de sus tropas, el Papa habría organizado un ejército bastante fuerte para dominar cualquiera sublevación. La organización de este ejército pontificio ocupó seriamente al emperador y á sus ministros, pero adelantó muy lentamente. Drouyn propuso al emperador, en agosto de 1865, formar una legión extranjera en Argelia ó en Córcega que reemplazara gradualmente á la guarnición francesa y que al fin del tiempo designado fuese entregada al Papa. Recomendó como modelo la legión extranjera que se había facilitado á España en 1835, y que acababa de ser facilitada á Maximiliano en Méjico. Estas proposiciones recibieron en principio la aprobación de Napoleón: la legión fué fundada en Antibes en la costa del Mediodía de Francia, pero no pudo ser trasladada á Roma hasta septiembre de 1866, donde entró inmediatamente á servir á las órdenes del Papa. El jefe militar de la legión, el coronel d'Argy, quedó no obstante en relaciones oficiales con el ministro de la Guerra de Francia, y continuaron estas relaciones hasta después de haberse embarcado en 12 de diciembre de 1866 las últimas tropas francesas de la guarnición de Roma. Con esto no mejoraron las esperanzas de Italia respecto de la incorporación de Roma, á lo menos por efecto del convenio, y cuanto más se generalizaba esta convicción, tanto más desfavorable era el juicio que se formaba en Italia del convenio de septiembre.

Más condenatorio fué todavía el concepto que se formó del convenio en el Vaticano y con que lo juzgó el partido clerical en Francia. Al recibir la comunicación del convenio, el Papa y el cardenal Antonelli contestaron con acerbas reconveniones á Napoleón por haberlo hecho á sus espaldas. Drouyn en su despacho del 12 de septiembre hizo á la curia romana varias observaciones fundadas en la diferencia de los conceptos políticos que prevalecían ya en Roma, ya en Francia, y en la que existía entre los principios de derecho que guiaban al gobierno pontificio y las ideas de la época. Este contraste, decía el ministro francés, ha hecho de la ocupación francesa un manantial de disgustos. En contestación á este despacho publicó el Papa en 8 de diciembre su famosa encíclica *Quanta cura* con el aditamento del *Syllabus*, en el cual anatematizó casi todas las instituciones de la vida pública moderna: la representación nacional parlamentaria, la libertad de conciencia de los no católicos, la libertad de la prensa, la enseñanza civil, la legislación civil relativa al matrimonio y muchos otros principios del derecho público. La indignación que excitó en París este ataque brusco fué grandísima, y el príncipe Napoleón quiso inducir al emperador á declararse desligado de todas sus obligaciones hacia el Papa; pero Napo-

león no se encontraba con fuerzas para tomar semejante resolución en vista de la situación en que se hallaba, y se contentó con prohibir á los obispos por medio del ministro de Justicia la publicación de la primera parte de la encíclica y del *Syllabus*, y con hacer condenar por el consejo de Estado por abuso de autoridad á los que á pesar de la prohibición publicaran los citados documentos desde el púlpito.

El Papa mostró su disposición personal respecto del emperador en el acto de recibir el día de Año Nuevo al cuerpo de la oficialidad francesa: bendijo á la Francia y á la familia imperial y añadió que el poder del emperador y la conservación de su dinastía dependían de que practicara la justicia, y que, esperando que sería fiel á este principio, le bendecía también á él.

La agitación clerical en Francia fué también alentada por todos los medios posibles: el nuncio felicitó al arzobispo de Poitiers por su valor y firmeza al ser citado ante el consejo de Estado; el Papa dió directamente las gracias al obispo Dupanloup por haber publicado un folleto sobre la encíclica y la convención de septiembre, expresando al propio tiempo su satisfacción especial por haber revelado el obispo en su escrito todos los engaños, ardides, desvergüenzas, despojos y monstruosidades de aquellos á cuya custodia había confiado la convención de septiembre el resto del Estado de la Iglesia y los sagrados derechos del pontificado.

Estas expresiones no autorizaban ciertamente la esperanza de que Pío IX entrara en negociaciones con la Italia para pasar á ésta una parte de las deudas del Estado de la Iglesia, según se suponía en el convenio; porque de esta manera habría reconocido de hecho el régimen que él mismo calificaba de usurpación, ni hubiera podido evitar la precisión de conceder ventajas en cambio. Por lo mismo sorprendió que el Papa dirigiera á Víctor Manuel una carta autógrafa en 6 de marzo de 1865, en la cual entabló negociaciones confidenciales, que si bien se referían únicamente á la provisión de gran número de obispos vacantes, podían dar ocasión á otras negociaciones de mucha importancia. Fué nombrado agente intermedio el caballero Vegezzi, muy bienquisto del Papa y de su corte, y sin grandes dificultades se convino entre las dos partes en el reconocimiento oficial de los obispos nombrados hasta entonces por el Papa, y á los cuales el gobierno italiano prometió exigir un juramento de fidelidad concebido en términos muy suaves. Mientras Vegezzi regresaba á Florencia para obtener la aprobación del ministerio á este arreglo, cambió completamente la disposición de ánimo del Papa, que fué nuevamente subyugado por el partido jesuíta, y al llegar Vegezzi á Roma se convenció del fracaso completo de sus esfuerzos. En julio se rompieron las negociaciones, sin que se hubiese alcanzado ni siquiera el objeto que figuraba en primera línea y sin haberse llegado á empezar las conversaciones políticas.

Otra de las cuestiones por cuyo favorable y más pronto resultado trabajaba también el gobierno de Víctor Manuel era la incorporación del Véneto al

nuevo reino de Italia. Con arreglo al programa tantas veces expuesto, Napoleón III deseaba sinceramente que Italia poseyese también aquellas provincias del Adriático, y aun la emperatriz, que tan hostil se mostraba á las pretensiones de Italia sobre Roma, llevada por su fervor católico, favorecía por su parte la adquisición del Véneto. El embajador italiano Nigra, que estaba muy bien visto por la esposa de Napoleón, habló con ella en más de una ocasión de este asunto, y la emperatriz le dijo que fuera más justo que Italia se ocupara seriamente en la adquisición de Venecia que en ambicionar á Roma, cosa que no podría conseguir. Por supuesto, que ni la emperatriz ni nadie en las Tullerías pensaba en que Francia empuñara otra vez las armas para auxiliar á Italia en aquel proyecto, confiándose más bien en lograr que Austria renunciara voluntariamente á una provincia que tan hostil le era á cambio de una indemnización pecuniaria proporcional ó de un territorio en el bajo Danubio.

Vislumbrábase también en lontananza la realización de una esperanza de Cavour, como así sucedió al cabo de algún tiempo, pero que se frustró por entonces: esta esperanza era la alianza entre Prusia é Italia, cuya realización formal ni siquiera hubiera sido menester, pues habría bastado sólo la amenaza para hacer al Austria más condescendiente en la cuestión de Venecia. El gabinete de Turín sabía ya á fines de 1862 que Bismarck meditaba planes belicosos contra el imperio austriaco, y en este concepto había autorizado á su embajador en Berlín para que declarase al ministro prusiano que, en caso de guerra entre Austria y Prusia, Italia se pondría al lado de esta última. Un año después desapareció al parecer la discordia entre dichas potencias, por cuanto ambas unidas hicieron la guerra á Dinamarca.

Napoleón procuró consolar á los italianos, que se mostraron disgustados de la aparente concordia entre Austria y Prusia, diciéndoles con previsorá intuición que de la alianza de ambas resultaría probablemente una guerra, y en diciembre de 1863 añadió á Nigra y á Pasolini, según asegura el historiador Reuchlin: «Conseguiremos que las dos se hagan fuego la una á la otra, y entonces llegará pronto para Italia la hora de libertar á Venecia.» Los sucesos ocurridos en los meses siguientes no justificaron esta esperanza, ni tampoco produjo el efecto deseado la mayor cordialidad de relaciones entre Francia y Prusia, de la cual esperaba Italia un importante resultado. Al contrario, una visita que Bismarck hizo al emperador en Biarritz en el otoño de 1864 con objeto de estrechar estas relaciones para sus ulteriores planes produjo cierto enfriamiento, porque Napoleón, influido por su ministro de Negocios extranjeros, Drouyn de Lhuys, contra Bismarck, escuchó todas sus explicaciones con estudiada reserva y dijo después con sorna que Bismarck le había ofrecido aquello de que no podía disponer porque no le pertenecía. El ministro prusiano por su parte tampoco ocultó su desagrado: calificó al emperador de nulidad aún no conocida, y dijo que con tales personajes no podía hacerse nada.

Algunas semanas después, Napoleón aconsejó al gobierno italiano el desar-

me, probablemente como consecuencia de las explicaciones de Bismarck, con la esperanza de que el Austria reconocería entonces el reino de Italia y de que acaso consentiría después en la cesión del Véneto, cuando se le ofreciera la ocasión de una indemnización, por ejemplo en los Principados danubianos.

Para justificar su proposición de desarme aludió á la crítica situación en que se encontraba la hacienda italiana. En efecto, al constituirse el gabinete presidido por Lamármora, el ministro de Hacienda, Sella, encontró vacías las arcas del tesoro, teniendo que pagar en el plazo de tres meses doscientos noventa y ocho millones de liras. Para cubrir estos gastos tuvo que recurrir á la venta de propiedades del Estado y de ferrocarriles, al aumento de impuestos sobre la sal, el tabaco, el trigo y el franqueo de la correspondencia y á la emisión de bonos del Tesoro. Además pidió adelantado el importe de la contribución territorial correspondiente al año 1865, á cuyo pago el país se declaró unánimemente dispuesto, dando el ejemplo Brescia y renunciando el rey por su parte á tres millones y medio de liras de su asignación. Este recurso fué no obstante momentáneo, pues para que el alivio fuese verdadero no había otro remedio sino la reducción del presupuesto militar. Pero por otro lado era seguro que la reducción de la fuerza armada excitaría el disgusto de todo el país, porque éste vería en ella una renuncia á Venecia, lo cual daría en las próximas elecciones de diputados una mayoría republicana que obligaría al ministerio á retirarse y sería un peligro para las instituciones. Por tanto, Lamármora no pudo seguir el consejo de Napoleón, ó por lo menos le era forzoso aguardar el resultado de las elecciones que debían verificarse á fines de octubre de 1865.

Pero en este intermedio, la política de Prusia, que ya empezaba á ejercer visible influencia en todos los gobiernos, dió lugar á diferentes peripecias, que merecen capítulo aparte.